

de oro, se muestra celosa y desconfiada, y amenaza con sus anatemas, mas positivos que los de la Iglesia, á todos aquellos que indiscretamente atrajeren sobre esta parte del Estado una afluencia muy grande de trabajadores. Para esto existen allí, como en el jardin de las Hespérides, dragones encargados de cuidar las manzanas de oro, y estos dragones no son menos horribles que los de la fábula. Quiero hablar de los pintos, que son unos desgraciados, enfermos de una especie de lepra contagiosa, que les mancha la piel de una manera muy desagradable. Ellos son los encargados de hacer ejecutar las voluntades de esa influencia de que ántes hice mérito, y á la cual están adheridos en cuerpo y alma. Estos motivos, que desaparecerán sin grandes esfuerzos el dia que México pueda entrar resueltamente bajo una nueva organizacion, bastan hoy, con la apatía natural de aquellos habitantes, para impedir los trabajos de los placeres.

Por lo demas, á pesar de las singulares pretensiones de D. Juan Alvarez. . . [Por fin, se me escapó sin poder remediarlo]: y la suma vigilancia de los pintos, hay individuos que saben tomar las precauciones necesarias, y viven con bastante comodidad con la venta de las pepitas que encuentran en las barrancas mas distantes.

Chilpancingo, á pesar de los recuerdos históricos que despierta, me parece una ciudad bastante triste. Resistí, por lo mismo, á las instancias de un compatriota que deseaba que me detuviera por algun tiempo, y despues de una permanencia de cuarenta y ocho horas, salimos para el rio de las Balsas.

Nos vimos obligados á recorrer una cañada de catorce leguas de largo, llamada la *Cañada del Zopilote*, y á seguir las sinuosidades del riachuelo que camina en su

fondo, y el cual tuvimos que atravesarlo cincuenta ó sesenta veces. Este fué el dia mas triste y fatigoso de nuestro viaje. El calor era tan fuerte, y los mosquitos se encarnizaban tanto sobre nuestra piel, que yo no tuve valor para detenerme á contemplar los sitios sumamente notables que presentan las dos cordilleras de montañas que teniamos á los lados. Contaba con repormerme al llegar al pueblo de Mexcala; pero no encontramos en este último punto á las fuerzas constitucionales del Sur, como esperábamos, sino un calor mas fuerte, mas mosquitos, y un olor tan insoportable á estiércol quemado, que á pesar de nuestra fatiga y de la de nuestras cabalgaduras, nos resolvimos á pasar el rio, y á buscar en su otra orilla un sitio mas habitable.

El rio de las Balsas tiene su origen en las montañas del Tlaxco, Estado de Tlaxcala, y hasta su entrada en el Estado de Guerrero, no es mas que un riachuelo insignificante; y no comienza á tomar alguna importancia si no es cerca de Mexcala, donde nosotros lo atravesamos en una época del año en que sus aguas no son muy abundantes. Habria, sin embargo, podido conducir uno de esos barcos de vapor chatos, que hacen el servicio de San Joaquin ó del Sacramento en la Alta California. Al partir de Tlajagua, en la frontera de Michoacan, hasta el Océano Pacífico, donde va á desembocar un poco mas abajo de Zacatula, podria servir para el tránsito de fuertes gabarras, y suministrar á los plantadores del Sur y del Este de este último Estado una vía de comunicacion con la costa muy poco costosa y muy rápida.

Iguala, á donde nosotros llegamos tres dias despues de nuestra salida de Chilpancingo, es una muy bonita aunque pequeña ciudad, situada en medio de un bosque de árboles, en el fondo de un llano fértil, aun-

que mal cultivado. Es allí en donde en 1821, aceptada la revolucion por el ejército realista y el clero, se lanzó para destruir la dominacion española en México y hacer proclamar la independencia de este país.

Desde Iguala comencé á encontrar en los templos y en las ceremonias del culto católico, ese aspecto sombrío y feroz que ha sabido darle el genio de la España absolutista. Nosotros, los católicos de Francia, de Alemania y de Italia, no tenemos una idea de estas iglesias oscuras, donde el sacerdote se parece á un sacrificador, y donde las imágenes y los bustos están cubiertos de sangre y de horribles heridas. Se sorprende al espíritu por el terror, como si este fuera el objeto del Evangelio. Todo se materializa, reduciéndolo todo al dolor físico; y esta religion de fraternidad, de libertad y de amor, ha concluido por confundirse con las de las divinidades sanguinarias.

#### CUARTA PARTE.

La distancia que separa á Iguala de la hacienda de San Gabriel, la recorrimos de noche, aprovechando así la frescura y la seguridad del camino. Se levantaba ya el sol sobre el horizonte, cuando llegamos á esa magnífica propiedad del Sr. Escandon, que la ha comprado en cuatrocientos mil pesos, y que él la tiene, sin embargo, segun dicen las gentes del país, *por un pedazo de pan*. Esta era la primera hacienda de importancia que yo veía desde mi entrada á México; así es que visité con el mayor cuidado sus almacenes de azúcar, que me enseñó uno de sus administradores, español de origen y lleno de conocimientos prácticos en aquella materia.

Se respira allí una atmósfera nueva. El ruido de las máquinas, el canto de los tra-

bajadores, la actividad de que se ve uno rodeado por todas partes, hacen olvidar el estado de marasmo en que se encuentran todavía hundidas las ochenta leguas que habiamos recorrido. Yo estaba verdaderamente satisfecho, y comuniqué mis emociones á mi benévolo ciceroni, quien me respondió:

—Hay en el valle de Cuernavaca cuarenta haciendas que, aunque no tengan la importancia de esta, dan á todo el distrito una animacion que no encontraréis en ninguna otra parte de México. Es muy de sentirse que el estado de guerra en que nos encontramos no os permita visitarlas á todas.

—Lo siento yo tambien, le contesté; pero siento mucho mas que sea necesario venir hasta el valle de Cuernavaca, para encontrar la animacion y la riqueza, cuando estas dos cosas debian abundar en toda la república.

—Teneis razon; pero dejad que triunfen las ideas nuevas que luchan en este momento contra lo pasado, y veréis grandes cosas.

—Así sea, repliqué, encantado de hallar tan grandes pensamientos en uno de los compatriotas de Hernan Cortés. Verdad es que desde entónces, y tengo mucho placer en consignarlo, he encontrado despues á muchos españoles, tanto en México como en los demas puntos que he recorrido, que tenian ideas totalmente semejantes á las del administrador de San Gabriel.

Despues de haber gozado todo el dia de la mas franca hospitalidad en esta hacienda, partimos al caer la tarde, y á las tres de la mañana entramos en Cuernavaca. Nos costó mucho trabajo el conseguir que se nos abriera el meson. El portero nos detuvo larga media hora, hasta que se convenció que no éramos un ejército de *puros* que



querian tomar por asalto la ciudad. Por fin, se dejó convencer, y tanto nosotros como nuestros caballos, pudimos tomar un poco de reposo, del que estábamos bien necesitados.

A las diez de la mañana, cuando desperté, ví que Macotela estaba sentado sobre su hamaca, abismado, al parecer, en las mas tristes reflexiones.

—¿Qué teneis, mi querido amigo? le dije: ¿sentís acaso llegar al término de vuestro viaje?

—Nada de eso, me respondió. Si leéis la tristeza en mi semblante, es porque me entrego á una composicion literaria que nada tiene de alegre.

—Bah! ¿Y qué es lo que estais componiendo?

—La oracion fúnebre del tio Pin.

—Cáspita! Me volveis la memoria sobre un suceso demasiado importante. Hénos aquí detenidos en esta frontera fatal, de la que no podremos pasar seguramente, sin pagar el tributo á los señores ladrones.

—Cierto.

—Escuchad. En este momento me está ocurriendo una idea. Puede ser que lleguemos á México solo con nuestras botas y nuestras corbatas; para evitarlo es preciso hacer algo. Vos traéis un sombrero de una magnitud y resistencia sorprendentes, y yo traigo un revólver que manejo regularmente. Si los ladrones que nos ataquen pasan de seis, entónces capitulamos; pero si no son mas de seis, que es el número de balas que puedo despedirles, entónces hacemos una barricada con vuestro sombrero, y nos defendemos á todo trance.

Este argumento no pudo desarrugar la frente de mi amigo, y cuando salimos para ir á almorzar, estaba aún muy triste.

Miéntas que devorábamos en silencio un manjar, al que no pude darle nombre

ninguno, el propietario de la fonda se adelantó hácia nosotros, con el sombrero en la mano y la risa en los labios, y nos dijo con mucha cortesía:

—¿Los caballeros van sin duda para México?

—¿Quién os lo ha dicho? le contesté, tratando de escudriñarlo con mis miradas.

—No os incomodeis, señor, me contestó; como veo que sois extranjeros, pensaba que íbais á la capital.

—Al contrario, le repliqué con bastante sequedad. Nosotros marchamos para el Sur.

—Ah! Entónces es rumbo diferente. Yo solo queria deciros que si salíais mañana para México, podíais aprovechar. . . .

—¿Qué cosa?

—La escolta del capitan García.

Al oír esto me levanté de la mesa, y acercándome al huésped, le dije con una voz melosa:

—Amigo mio, no hagais mucho caso de mis maneras un poco bruscas. Yo soy ruso, y ya sabeis que los rusos son un poco. . . . cuando se les interpela en la mesa. Hacedme, pues, el favor de sentaros, y de aceptar un vaso de vino. Yo os doy mi palabra de honor, de que vuestra conversacion me agrada infinito.

—¿Señor!

—Nada de excusas. Os repito que teneis cierta manera de decir las cosas, que me encanta. ¿Qué opinais de esto, Sr. Macotela?

—Me parece, dijo vacilando mi compañero, que el señor hablaba hace poco del capitan García.

—¿Lo conocéis? preguntó el huésped.

—Oh! exclamé yo. ¿Quién no conoce al capitan García? ¿Creeis acaso que por ser extranjeros venimos de la Patagonia? Decíais hace poco que ese amable capitan tiene una escolta. . . . que debe. . . .

—Eh! la diligencia va á ser escoltada. Figuraos que la semana pasada dos de los principales propietarios de esta ciudad iban á México. La diligencia fué asaltada segun costumbre en la *Cruz del Marques*, y los dos señores fueron conducidos con los ojos vendados, no se sabe á dónde. Al dia siguiente escribieron los ladrones á las familias de los robados, que si no les enviaban inmediatamente cuatró mil pesos al lugar que les señalaban, los prisioneros serian pasados por las armas.

—Caramba! exclamé. Los ladrones de México conocen muy bien los mas importantes pasajes de nuestros melodramas. No los suponía yo tan instruidos.

—¿Y mandaron los cuatro mil pesos? preguntó Macotela.

—Sin duda alguna, y sin pérdida de tiempo. Sino que como los señores robados son muy influentes, han conseguido de la autoridad una escolta para la diligencia, y esta es la que va á comenzar sus funciones desde mañana.

—Oh, amigo mio! exclamé entusiasmado; sois la perla margarita de todos los posaderos! No os abrazo, por respeto á las buenas costumbres; pero os aseguro que acabais de sacarme una espina de un ojo.

Inmediatamente corrimos á la casa de diligencias, y tomamos nuestros asientos. Volvimos al meson para disponer la vuelta de nuestro guía y las cabalgaduras que habíamos traído. Aquel se puso á danzar de júbilo, y sin detenerse un momento, volvió á tomar el camino de Acapulco.

En cuanto á nosotros, á las cuatro de la mañana del dia siguiente marchamos á la casa de diligencias, y poco despues tomamos el camino de México.

Uno de los viajeros, que parecia ser mé-dico, nos confirmó la historia del huésped; y nos refirió otras muchas, que han hecho

célebre en toda la república ese punto culminante que se llama *Cruz del Marques*, situado á mil quinientas treinta y siete toesas sobre el nivel del mar.

Despues de algunas horas de fuertes sacudimientos y de mucho polvo, descubrimos al fin en medio de un inmenso llano, los edificios de la mas agradable ciudad de América. Despues de haber dejado sobre la izquierda del camino la pequeña ciudad de *San Agustin de las Cuevas*, donde los jugadores mexicanos van una vez por año á saborear las delicias del *monte* y de la *rolta*, entré al fin con el corazon lleno de emociones y de curiosidad, á la antigua capital de Moctezuma.

#### QUINTA PARTE.

Reservaré para otra carta especial, que seguirá á esta, la descripcion completa de México. Por hoy me contentaré con deciros que es una ciudad hermosa, cuyas calles, desgraciadamente mal cuidadas, son anchas y rectas. Las casas en lo general son vastas y bien fabricadas, lo que le da un aspecto de riqueza que no se encuentra en los edificios públicos. Se nos habia elogiado mucho á la Catedral, á la que por mi parte no se le puede conceder mas mérito que el de su posicion. En cuanto al Palacio nacional, es un edificio muy grande, muy pesado y sin gracia, que podria sin inconveniente para el arte, servir de cuartel á muchos regimientos. El colegio de Minería es otra cosa. Este es un edificio bastante gracioso, todo de cantería y lo mejor que hay en la capital. El Teatro Nacional seria tambien un monumento muy notable, si estuviera aislado. Puesto que he mencionado este teatro, voy á permitir-me una observacion, como de paso. Se de-



beria hacer un esfuerzo por mejorar su alumbrado y quitar del salon un enorme reverbero de oja de lata, que lejos de servir de lustre lo perjudica.

Lo repito: si México no tiene grandes edificios públicos, en compensacion tiene muchas casas particulares que parecen palacios. Su Alameda umbrosa es un lugar de paseo verdaderamente encantador. Tiene además el paseo de Bucareli, y otras calles de árboles, como particularmente la Viga, que serian notables en todas partes. En fin, lo que vale mas que todos los monumentos, es ese gran fondo de sociabilidad que se encuentra en sus habitantes, mucha distincion natural, y un sello de elegancia que no se ve ciertamente en ninguna otra ciudad de la América.

Es muy probable que despues que triunfe el partido liberal, la residencia del gobierno se trasporte á otra ciudad mas central, cuyo desarrollo puede limitarse de antemano. *Esta medida, imitada de los Estados Unidos del Norte, es muy útil bajo el punto de vista de la política.* Mas no por eso dejará de ser México la capital del gusto, de la civilizacion y del placer. El camino de fierro, ya comenzado, que debe unir los dos Océanos, y que pasa por esta ciudad, la hará siempre el centro de las comunicaciones comerciales; y la mayor parte de los ramales de este camino, que se han de formar necesariamente sobre la arteria principal, han de converger hácia México.

Ya sabeis que hace diez años que estoy viajando constantemente; puedo asegurar que despues de nuestra bella Francia, yo no he podido encontrar mas que á México, que sepa inspirarme una aficion tan poderosa, tan irresistible, tan vehemente, que yo no puedo compararla mas que con la

que me inspira la madre patria. ¿Es por simpatía de raza? Yo no lo creo. ¿Es porque desde el primer dia que he pisado su fértil suelo, tuve como un presentimiento de su porvenir inmenso? Puede ser que eso sea.

Todo lo que habia leído, todo lo que habia oído decir, se encuentra en contradiccion con lo que estoy viendo. La falta de vigor en los narradores superficiales ó interesados, que no ven trasformacion posible para México mas que en la conquista ó su fraccionamiento; las pinturas exageradas de su desamortizacion, todo me habia hecho creer que ya no habia en este pueblo fuerza vital. Me proponia aun pasar de largo sin visitarlo, cuando los acentos enérgicos de un jóven, lleno de fé y de patriotismo, me obligaron á cambiar de propósito.

—Pero, me preguntaréis: ¿ese presentimiento de que me habláis, reposa sobre una base positiva? Y este país que decís tan pintoresco y tan espléndido, ¿no ha sorprendido vuestra imaginacion? Guardaos, porque en el dominio de las ideas, las ilusiones es fácil que se extravíen, que arrastren demasiado al espíritu, y que desaparezca la realidad para acoger y acariciar una quimera.

Os responderé: Si me hubiera encerrado en el dominio de las ideas y hubiera basado mis esperanzas sobre el perfeccionamiento continuo de las razas, ó sobre cualquiera otra teoría semejante, acaso habria yo podido llegar hasta vuestra quimera. Pero, os lo confieso, por mas que repugne á mi amor propio, yo no he especulado sino sobre hechos muy materiales y positivos, y jamas he sido ménos poeta que cuando llegué á esta tierra, donde la poesía tiene derecho de domicilio. Os diré mas; si no experimentaba

una especie de repugnancia por esa clase de escritos, habria podido enviaros un prospecto cubierto de números en vez de estas notas desordenadas.

Escuchadme, pues, y supuesto que he llegado ya á la capital, donde se tratan grandes intereses y se debaten grandes cuestiones, voy á aprovechar el tiempo para deciros la situacion real de México y lo que se puede esperar. Despues de esto juzgaréis si me he dejado guiar por ilusiones.

Este inmenso país, comprendido entre los quince y treinta y cinco grados, y cuya superficie total es de ciento diez mil trescientas diez y siete leguas cuadradas, se encuentra hoy dividido en veinticinco Estados soberanos, reunidos en confederacion. Por su situacion geográfica debia estar comprendido en la zona caliente de los trópicos; pero gracias á la elevacion considerable de su suelo, en la mayor parte de su extension, se divide en tierras calientes ó templadas. La temperatura fria no se encuentra sino en puntos aislados, como el cofre de Perote, los Volcanes, y otros puntos como estos. Sin embargo, seria un error creer con algunos geógrafos, que esta diversidad climatérica puede trazarse con una línea divisoria sobre la Carta. Todas las partes elevadas son templadas; todas las que bajan de novecientas toesas sobre el nivel del mar, son calientes; y esto es lo que hace admirable la potencia productora en este país. Casi todos los Estados gozan de esta variedad de climas. Yo mismo he visto una cosa muy curiosa en una de las partes ménos importantes ó mas abandonadas de la república: en un punto en que se dividen los tres Estados de Puebla, México y Veracruz, en la Sierra Alta, sobre una misma propiedad, cuya extension

es á lo mas de dos leguas, se cultiva la caña de azúcar, el añil, el maiz, la cebada y la papa.

Esta aglomeracion de productos tan diversos sobre una superficie tan poco extensa, es ciertamente una cosa muy rara; pero sea cual fuere el punto en que os coloquéis en la zona templada, no es necesario andar muchas leguas para encontrar un valle, una garganta, un punto cualquiera donde se puedan cultivar los productos tropicales.

Esta variedad no es la única circunstancia notable y preciosa que debe fijar la atencion. La fertilidad del suelo es otra que pareciera ciertamente hiperbólica á cualquiera. Aquí mismo, en Tulancingo, donde escribo estas líneas, el maiz que se cultiva produce una cosecha de doscientas cincuenta á trescientas fanegas por una de semilla. Esta proporcion es la misma por donde quiera que se cultiva en terrenos ya trabajados; pero si se siembra en terrenos vírgenes, la proporcion se eleva á cuatrocientas. Yo he visto este fenómeno de fertilidad en la Huasteca. La cebada y el trigo producen hasta sesenta y ochenta por uno, y es necesario convenir en que los trabajos agrícolas están lejos de ejecutarse con la perfeccion necesaria.

No creo necesario añadir á este corto relato las reflexiones que descuellan naturalmente sobre la admiracion que se experimenta en presencia de tantas riquezas. Pero tengo todavía otras que poner de manifiesto.

Los Estados de Sinaloa, Jalisco, Yucatán y Veracruz producen en abundancia bosques de palo de tinte, que han hecho hasta hoy el principal objeto de su comercio. Todas las partes calientes de la república producen maderas preciosas para la fabricacion de muebles de lujo, como el



acajú, el palisandre, el ébano, el limoncillo, el palo de rosa, &c., y esto en tan gran cantidad, que en muchos lugares se usa en lugar de combustible. En San Gabriel, cuando visitaba los alambiques, observé una enorme cantidad de troncos de acajú, y habiendo preguntado al jefe de la oficina si aquella madera se iba á mandar á México: "¡A México! me contestó dando una carejada. ¡Cómo, señor! ¡si es la leña que me sirve para calentar las calderas!"

Y el buen hombre no comprendió mi admiración al ver que se destinaban para los hornos troncos de acajú de cincuenta á sesenta centímetros de diámetro; y esto á veinticinco leguas de la capital.

Los Estados de Chiapas, Oaxaca y Colima producen por mayor el añil y la cochinilla.

En la Baja-California hay pescaderías de perlas, lo mismo que en Sonora, en la parte Noroeste, conocida con el nombre de Nueva-Andalucía, cerca de la embocadura del rio de la Ascension.

En fin, perdonadme si he reservado esta nomenclatura como un avaro; los Estados de México, Guanajuato, Zacatecas, Querétaro, San Luis Potosí, Guerrero, Michoacán, Durango, Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Nuevo-León contienen minas de oro y plata. Los trabajos considerables que se han hecho durante tres siglos en los cinco primeros de estos Estados, han producido sumas incalculables, y no han, sin embargo, agotado la riqueza de sus vetas. Solamente las cantidades amonedadas en las diversas casas de moneda del país se elevan, según la estadística oficial de 1855, á 10,598.552,820 francos. En la mayor parte de los demás Estados, la explotación ha sido casi insignificante, y está reservada al porvenir.

Esta página de estadística que acabo de

trazar rápidamente, bastaría para servir de texto á un grueso volumen. Yo no tengo la intención de escribirlo, y esta es la razón por que, á lo ménos por hoy, corto ya mi trabajo sobre esta materia. Por otra parte, yo estoy convencido de que concisa como es, bastará para daros una idea de los recursos que tiene México, y de la posibilidad de un cambio en su posición material, que es lo que deseo.

Paso, pues, á otro órden de ideas.

—¿Cómo se explica que en un país tan rico, la gran mayoría de los habitantes sea tan miserable?

—¿Por qué motivo en un terreno tan fértil cuyas producciones debían ser tan variadas y tan inmensas que podría inundar á todos los mercados con sus sobrantes, el pueblo no tenga mas alimento que una miserable poleada de maiz, y que esté condenado para vestirse á pagar tres veces mas caro de lo que vale un grosero tejido?

—¿Cuál es la razón de que su industria esté tan atrasada, y que su comercio nacional no pueda prestar todavía una goleta de cien toneladas para hacer el cabotaje con sus vecinos?

Voy á decíroslo, amigo mio. Esas observaciones que debéis hacerme, ya me las he hecho yo mismo hace mucho tiempo; y porque las he visto casi al punto de resolverse, y porque conozco que las causas de la miseria y desmoralización son puramente accidentales y fáciles de ser removidas, es por lo que he visto en el porvenir el papel que el *progreso* y la *reforma* reservan á México.

#### SEXTA PARTE.

Todas las causas que han detenido el desarrollo de la prosperidad pública en México, tienen su origen en una sola, primor-

dial y manifiesta: *la ignorancia de la vida libre*. Esta ignorancia es la que nos ha costado, á nosotros los franceses, la pérdida de la libertad política despues de tres grandes revoluciones; ha producido aquí mil desórdenes, y no sería malo añadir que ha contado entre sus poderosos auxiliares á la superstición religiosa y á una especie de fanatismo de raza, última herencia del sistema colonial. El primero de estos desórdenes, el que ha contribuido mas á la desmoralización, ha sido una guerra civil casi permanente.

Desde 1823 todos los que portan en los hombros charreteras de canelones, han querido imponer su carta ó su *plan*, como aquí se le llama. Ha habido tal número de *planes*, que con ellos se podría llenar una biblioteca, y yo renuncié al ímprobo trabajo de enumerarlos. Se han batido por los cuatro puntos cardinales de la república para defender ó atacar esas elucubraciones de los gefes ambiciosos; y sin embargo, viven cómodamente todos estos perturbadores de oficio.

El clero se les reía en las barbas, tomando parte de tiempo en tiempo en la lucha, según que los gefes sabían mas ó menos bien adular su ambición ó sus intereses.

¿Sabían siquiera dónde iban, lo que querían, ó por qué se mataban? Nada de esto. El mismo partido liberal no tenía sino una conciencia muy vaga de su misión. Había levantado un ídolo informe, sobre cuya cabeza había colocado un gorro frigio; pero cuyo cuerpo estaba vestido con la sotana y un sable ceñido á la cintura; y le gritaba al pueblo: *hé aquí al Dios de las tres garantías!*

La confusión había llegado á su colmo en todos los ramos. No se puede formar una idea del estado de la hacienda pública..... ah! sí, la deuda inglesa.

El poder que se estableció despues de la caída de Iturbide, contrató dos empréstitos en Inglaterra. Recibió la cantidad de 55.998,340 francos, la mayor parte en uniformes, fusiles viejos, espadas, cañones y otros objetos de este género. En 1850, á consecuencia de un arreglo adoptado por ambas partes, la deuda, por la sola acumulación de los intereses, se elevaba á..... 256.041,250 francos!.....

Algunas docenas de hábiles pescadores metidos en medio de aquel rio revuelto, pescaron sus hermosas barras de plata, sirviendo de satélites á su astro tutelar el general Santa-Anna. Este, despues de haber escalado varias veces el poder supremo, se ha retirado á la vida privada, donde vive de sus *economías*, que apenas consisten en una treintena de millones de francos!

¿Qué quereis que hiciera el pueblo en medio de esta conflagración, en que el sentido moral parecía hundido en un océano de intrigas, de robos y de combates diarios? El pueblo comía tortillas de maiz, caminaba descalzo, estaba desnudo y sufría. Nadie pensaba en él si no era para agobiarlo con las contribuciones, ó para obligarlo á engrosar las filas de tal ó cual gefe, por el infame medio de la leva.

Algunos extranjeros se arriesgaban á venir, pero en pequeño número, y solamente á las grandes ciudades donde abrían sus almacenes ó talleres. Preciso es convenir que se necesitaba valor para ello, según el estado que guardaban las cosas; y que si algunos hicieron grandes fortunas las han merecido. Ya recordaréis aquel inglés que fué cosido á puñaladas en la plaza pública de México, porque no se arrodillaba al pasar el Viático, y aquella familia francesa de que habla el baron de Faudis en el preámbulo de su *ultimatum*, que fué arrastrada en las calles de Puebla á